Num 42 DOMINGO 19 DE ENERO DE 1840 6 ctos.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 15 cto. segundo de la izquied.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valle, calle de Carretas.

PERIODICO LITERARIO.

Escenas de un corsario.

II.

Nada prueba tanto la sed de oro que devora al hombre como verle lanzarse sobre los mares en pos de multiplicados peligros; peligros cuya idéa horroriza al ente mas familiarizado con el feo aspecto de la muerte. Aunque ningun contratiempo hubiese interrumpido la majestuosa marcha del soberbio bajel que con aspecto guerrero describia una linea diagonal sobre el ecuador, atravesando por su medio la equinocial en el tránsito que desde la embocadura del rio Cunéni (1) hasta el mar de las Antillas no por eso podia lisonjearse su malhadada tripulacion de ver trascurrido un solo dia sin haber sido atormetnada por una multitud de sufrimientos inauditos. El escesivo calor que un sol ardiente dardeaba sobre nosotros al estremo de diezmar nuestra gente; que caian los hombres sobre cubierta, del mismo modo que los pájaros en el desierto, si incautos se aventuran á pasarle cuando el astro abrasador hace reberberar sus rayos en los vastos arenales: nuestros párpados hinchados se cerraban involuntariamente, á la vez que abriendo la boca é inflamando la nariz, respirabamos un aire encendido que lanzabamos con fuerza del pecho para reemplazarle con otra igual. Ni la verde copa del arbol, ni la ópaca sombra del Caravan-seré nos podia poner á cubierto del fuego que llovia sobre nosotros, y cuando sofocados bajo cubierta saliamos á pedirle aire á ese mismo sol, pronto nos veiamos obligados á volver al primer martirio para trocarle otra vez por el segundo. El agua que ese mismo calor habia hecho corromper desde el tercer dia, tampoco podia desalteaarnos: tan caliente como el aire que respirabamos, nos hacia aun mas repugnante su fetidez: cuando la misma noche con su plateada claridad parecia querer aliviar nuestro sufrimiento, el abundante y mortífero rocío nos ponia en la dura necesi-

(1) Rio de la costa occidental del Asia.

dad de preservarnos de su perniciosa influencia, en nuestro baño de vapor. Si á tantos males se agregan los que nos hacian sufrir la multitud de insectos que tienen su alojamiento en tales buques; la escasez y mala calidad de los alimentos, el ruido y continuo quejar de las víctimas, de su comercio, y aun su mismo aspecto, se tendrà una idea competente del cuadro que presenta un buque negrero.

Ya habiamos sin embargo pasado la mas cruda parte de nuestro viaje; ya el calor se hacia mas tolerable; ya nuestra agua vuelta á su primitivo ser desalteraba nuestras fauces desecadas; ya por último el próximo término de nuestro viage nos permitia ser mas pródigos en el alimento, y la dulce esperanza nos prestaba las fuerzas necesarias para soportar con paciencia tantos males. Una mañana, en fin, se oyo la mágica voz de *Tierra* que desde el tole habia lanzado el Galopin esplorador, y como por encanto cesaron nuestros sufrimientos. Todo nos parecia risueño; el buque, sus cámaras, sus velas, el horizonte, el azul del cielo, todo era bello para nosotros. Corriamos de popa á proa queriendo saltar con la vista el inmenso océano para alcanzar aquella verdadera tierra de promision.

Ya por último la divisamos cual pequeño celage en el horizonte, ya la vemos gradualmente aumentarse, ya toma color su trasparencia, ya crece á nuestros ojos, ya en fin, cual negro gigante la vemos tendida sobre las aguas.

Sus cabos y ensenadas que costeamos nos dan á conocer que caminamos á lo largo de la costa norte de la antigua Haiti, y nuestro júbilo se aumenta al paso que la proximidad á ella, nos permite admirar sus frondosísimos bosques, los varios matices de sus prados, la desigualdad de sus montañas, y las fantásticas figuras que representan sus descarnadas rocas con el choque de las olas. Multitud de canoas pescadoras se habian acercado á nosotros y cambiado sus frescas legumbres y deliciosas frutas por nuestro oro en polvo, nuestro marfil, y mas que todo, nuestra plata acuñada. La noche nos sorprendió en la mesa en justo desquite de tantas privaciones: facil es concebir que à tan grato placer y á las libaciones con que habia de humedecersele, habia de seguirse el blando sueño que nos pusiese en estado de reproducir al dia siguiente iguales escenas. Nadie pensaba en otra cosa mas que en la pronta realizacion de sus proyectos: el hermoso tiempo que hacia y la seguridad del punto donde nos encontrabamos, alejaba todo temor; asi pues, dos horas mas tarde todo dormia á bordo del bergantin, si se esceptúan el oficial de guardia y el timonero.

Algun tiempo habia empleado el teniente en m dir con su pie la bruñida cubierta del buque formando castillos en el aire, y ya habia consumido tres diferentes rellenos de su pipa, cuando envolviéndose en el cuello del capote se sentó sobre el cabrestrante, y no tardó mucho en convertirle en observatorio astronómico, fijando unas veces su vista sobre Aldebaran (1); calculaba por su altura que no tardaria en sonar doce veces el reló de la cámara y seria relevado: otras, mirando con detenimiento á Orion (2), se reia del capricho que tiene semejante personaje de no llevar jamás derecha la cintura. Mientras tanto el timonero apoyaba su barba sobre su mano, y la mano sobre la rueda que le servia para dirigir el bajel con mas facilidad que lo haria con

(1) Estrella de la constelacion de Tauro.
(2) Constelacion del hemisferio meridional.

una ligera carretela el mas hábil cochero. Inalterable en su quieta posicion, no la dejaba mas que para imprimir de vez en cuando un movimiento de rotacion á la rueda ó dar vuelta al reló de arena, pero ejecutando esto, volvia á clavar los ojos en la brújula y la barba en mano: este monótono ejercicio iba poco á poco enturbiado su vista con los primeros síntomas del sueño. Sus ojos veian sin mirar fantasmas que pasaban lentamente entre ellos y la brújula; y cuando para sustraerse á tales visiones alzaba los ojos, las mismas figuras se reproducian entre él y el velamen. En una de estas veces creyó ver la figura de un negro alzarse sobre la borda á muchas varas de altura, y queriendo hacer un esfuerzo para espantar el sueño, se restregó los ojos; no fue poca su sorpresa cuando vió desaparecer de pronto aquella figura, reducida ya á su verdadero tamaño.

¡Quien vive! iba á decir el soñoliento marinero, pero antes de acabar la frase su sangre habia inundado la bitácora (1): un pistoletazo hizo al desgraciado teniente desocupar de un salto el observatorio; al mismo tiempo este tiro fue la señal de alarma para la tripulacion del buque, y la del asalto para sus invasores. Por todas partes asomaron figuras iguales á la que habia sido vista por el mísero timonero, y en breve se habian deshecho de los dormitantes guardianes, que por estar sobre cubierta acudieron los primeros. Apoderados los piratas de las escotillas, apenas salian sucesivamente de ellas nuestros valientes compañeros como leones que escapan de su jaula, cuando unos tras otros iban siendo víctimas de su intrepidez; un solo hombre pudo por su arrojo abrirnos paso por encima de los cadáveres que obstruian su salida: el capitan Lamar con una pistola en cada mano y el sable en la boca se abalanzó derribando los primeros que le atacaron, y haciendo recular á los que le sustituyeron: esta favorable circunstancia nos permitió á algunos seguirle. Yo le ví defenderse como un javalí acosado por multitud de perros; yo le ví resguardando su espalda con el palo mayor descargar su brazo sobre la cabeza del mas pujante de sus antagonistas, y haciendo mil pedazos el yero protector que alzó en su defensa, hendirle el cráneo hasta la boca; pero ah! fueron vanos tantos esfuerzos; si la distancia á que alcanzaba su templado acero era respetada, fuera de ese pequeño círculo nada tenian que temer sus ofensores: un cobarde descargando un remo sobre su cabeza puso fin á tanta bizarría, y otro golpe igual me derribó á mí, y bien pronto se vieron los piratas en pacífica posesion del bergantin Gavilan.

F. F. de C.

(1) Caja de vidrio en que se guarda la brújula.

A D. Jose Zorrilla.

Perdon, perdon, poeta venturoso
Perdona á un hombre de entusiasmo lleno,
Que rastreando oscuro sobre el cieno
Quiere hasta tí su acento levantar.
Quiere subir á tu region divina,
E iluso no conoce en su manía
Que el que al sol mira atento en claro dia,
El mismo sol le viene á deslumbrar.

Y como la mariposa
Ansiosa revolotea
En torno de roja tea,

Y en ella viene à espirar;
Yo vacilante me acerco
Hácia tí, bardo divino,
Aunque en mi mente imagino
Que tu luz me ha de quemar.

Y si verdad es tal vez
Que cuanto la tierra encierra,
Ha descendido á la tierra
Con un fin particular;
No hay duda que tú viniste
Con ese ingenio profundo,
A cantar versos al mundo;
Yo tus versos á admirar.

Déjame tambien que cante
Aunque con ronco graznido;
Pues de mi empeño atrevido
Has de aprovecharte tú:
Que sin el torpe mochuelo
El ruiseñor no luciera,
Ni el tisú apreciado fuera,
Si todo fuera tisú.

Yo tambien tengo pesares.
Tambien he llorado y lloro,
Tambien á una bella adoro
Que se complace en mi mal.
Ya no hallo en el mundo goces,
Ni contento ni alegria,
Mas es tu dulce armonía
Mi bálsamo celestial.

Porque adunar has sabido
De Quevedo la afluencia,
De Garcilaso cadencia
Y el genio de Calderon.
Tienes una alma de fuego,
Aunque dolorida y mustia,
Que sabe pintar la angustia
Y hablarnos al corazon.

Sabes escitar en todos
La sensacion que deseas,
Y nos muestras tus ideas
Con dulzura y magestad.
Tus versos son un conjunto
De sencillez, maestria,
De ingenio, filosofia,
De luz y de oscuridad.

Canta, poeta, en la historia
Haz que se escuche tu voz,
Perpetúa tu memoria,
Y hàcia el templo de la gloria
Marcha con paso veloz.

Pues tu talento te abona;
Sé tú de mi patria el sol;
Que si hoy de tí no blasona,
Algun dia una corona
Te dará el pueblo español.

Recuerda nuestros blasones,
Nuestras hazañas guerreras,
Nuestros invictos varones,
Nuestros fuertes torreones,
Y nuestras glorias primeras.
Pinta la aurora al nacer,
Y el sol en el Occidente;
Pinta la lluvia al caer,
Y del rayo refulgente
El tremebundo poder.

Canta en lágrimas deshecho
De tu fortuna el rigor;
Tus celos y tu despecho;
Y como late ese pecho
Por la prenda de tu amor.

Canta, poeta, en la historia
Haz que se escuche tu voz,
Perpetúa tu memoria;
Y hácia el templo de la gloria
Marcha con paso veloz.

A. M. y E.

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.

Nació en Sevilla en enero de 1618. Desde muy niño manifestó su inclinacion á la piutura, y su padre le dió por maestro à Juan del Castillo. Como este era buen dibujante le perfeccionó en el diseño, enseñàndole despues su seco colorido que participaba en algun tanto de la escuela florentina, llevada á Sevilla por Luis de Vargas y Pedro de Villegas.

Con motivo de haberse establecido su maestro en Cádiz empezó á piutar por s' solo, y por los muchos cuadros que hizo adquirió bastante soltura, y un colorido algo mas suave, aunque amanerado.

Cuando llegó de Londres á Sevilla de vuelta de su viaje el pintor Pedro Moya, tenia Murillo 24 años. Admiróse Bartolomé cuando vió el colorido y dulzura que habia aprendido aquel, estudiando á Van-Dick, y seguramente se hubiera tambien

arriesgado á emprender su viaje á Inglaterra sino le hubiese detenido la noticia de la muerte de Van-Dick.

Resuelto á salir de Sevilla, compró una porcion de lienzo y pintó varios cuadros, con cuyo producto determinó el viaje para Madrid en 1643, sin participar á nadie su proyecto.

Luego que llegó á la corte se presentó á su paisano Diego Velazquez, quien lo recibió con particular afabilidad, y le proporcionó todos los cuadros que quiso, pertenecientes al palacio del rey y al monasterio del Escorial. Dos años estuvo copiando á Ticiano, á Rubens, á Van-Dick, á Ribera y á Velazquez. en cuyo tiempo fueron los adelantos tan rápidos y notables, que admiraron á todos los inteligentes.

Vuelto á Sevilla en 1645 pintó varios cuadros para el claustro chico del convento de S. Francisco de aquella ciudad, admirándose cuantos le conocian por la diferencia que encontraban en el colorido y en el dibujo. Esta obra le dió una reputacion superior á la que gozaban todos los demas pintores de Sevilla, y le proporcionó mucho trabajo, sacándole de la indijencia en que se hallaba.

Por este tiempo se enamoró de doña Beatriz de Cabrera y Soto-Mayor, hija de una familia pudiente de la Villa de Pilas, cuyo matrimonio se efectuó el año de 1648.

En la catedral de Sevilla se conservan varios cuadros de este célebre pintor, entre los que descuellan *el S. Leandro* y *el S. Isidoro* mayores que el tameño natural, vestidos de pontifical, colocados en la sacristia mayor de dicha iglesia. En el año de 56 pintó el gran cuadro de *S. Antonio de Padua* que actualmente existe en la capilla bautismal de la misma catedral, por el que pagó el cabildo 10,000 rs. Por este cuadro que es la admiracion de cuantos le contemplan, han hecho varios estranjeros proposiciones muy ventajosas al cabildo de Sevilla, el que no ha querido deshacerse de él por ningun dinero.

En el año de 65 pintó los cuatro medios puntos de la iglesia de santa Maria la Blanca de Sevilla, en uno de los cuales hay una procesion de figuras pequeñas, en último término, sorprendente, por la verdad y perfeccion que encierra esta composicion (1).

La época mas gloriosa para Murillo fué desde el año de 1670 al de 1680 en que pintó las obras que le han dado mas fama. Una de estas son los 8 lienzos grandes que estan en la iglesia del hospital de la Caridad de Sevilla. Los que no concedan á Murillo mas que la hermosura del colorido podrán observar en estos cuadros el conocimiento que tenia en la anatomia del cuerpo humano; la correccion en el dibujo, las reglas de composicion, la perspectiva; la óptica y la filosofia con que marcaba las virtudes y las pasiones del corazon humano.

En Sevilla es donde existe mas número de cuadros de este sublime pintor, aunque no sabemos si los que se hallaban en los suprimidos conventos de esta ciudad, estarán en la actualidad en nuestro poder ó en el de los estrangeros.

Concluidas todas estas obras marchó á Cádiz á pintar el cuadro grande de los desposorios de santa Catalina para el altar mayor de los capuchinos, y antes de concluirle se cayó del andamio, resultándole una grave indisposicion que le obligó á

(1) Dos de estos medios puntos existen en la actualidad en la academia de nobles artes de esta corte.

volverse á Sevilla, adonde murió de sus resultas en 3 de abril de 1682.

Fué enterrado en la capilla de la paz de santa Cruz de dicha ciudad, adonde durante su enfermedad pasaba muchos ratos contemplando el famoso cuadro del descendimiento, pintado por *Pedro Campaña.*

Estableció la academia de dibujo de Sevilla á pesar de la emulacion y rencor que le profesaba Herrera el mozo, y fué el primer director que enseñó publicamente en aquella ciudad el modo de estudiar el desnudo del hombre, colocándolo en diferentes actitudes y esplicando sus proporciones y anatomia.

Creó el estilo Sevillano que se conserva todavia, aunque muy desfigurado: por que la suavidad de su pincel, acorde general de tintas, la indecision de perfiles artificiosa y sabiamente perdidos, los cielos opacos que dan el tono á la escena y la fuerza de luz en los objetos principales, y sobre todo el verdadero color de las carnes, nadie ha podido hasta ahora imitarle.

Seringapatan.

El ultimo Plantagenet,

AÑO DE 1485.

I.

Era la noche del 21 de agosto: la escasa luz de la luna alumbraba el campamento de Ricardo III de Inglaterra, situando á un lado de la llanura de Bosworth: en tanto que la parte opuesta la ocupaban las huestes de Enrique de Tudor conde de Richemont, único tallo que quedaba de los gefes de la *Rosa encarnada.* La noche estaba serena, y no parecia precursora de los horrores de que habian de ser testigos aquellos campos al dia siguiente. En los dos egércitos se notaba igual animacion. Los feroces ojos de Ricardo, parecian querer salir de sus órbitas. Los soldados se ocupaban en limpiar y afilar sus armas, para pelear, hermanos contra hermanos, amigos contra amigos y saciar con sangre, la ardiente y rabiosa sed de los partidos.

II.

En medio del campo de Richemont, se elevaba una magestuosa tienda. Sentado en un sillon y teniendo delante una mesa cubierta de papeles con mal trazadas líneas, se mostraba en su interior Enrique. A sus lados se veian sus oficiales, cubiertos de brillantes armaduras, y dos soldados prohibian la entrada.

A una señal del conde todos se sentaron y él habló así: (1)

"Amados compañeros de armas. Llegado es el dia de purgar la Inglaterra de un criminal, que por medio de delitos llegó á ser rey de ella; dos años de oprovio, son bastante para castigar la adhesion de un parlamento vendido, que declaró á instigacion del hijo adúltera á la madre. La sangre de Eduardo V, del duque de York, del de Bukinghan y de otros muchos, pide venganza y la tendran; yo prometo inmolar hasta la última gota de

(1) Todo lo que sigue es histórico.

la mia en tan justa demanda; ofendería á mis fieles compañeros si dudara de ellos. Soy jóven pero al ponerme á vuestra cabeza, juré estinguir al pérfido que desconoce las leyes naturales, á el asesino de su padre y hermanos, á el envenenador de su esposa; y espero que Dios me favorecerá. Preparaos para el alba al combate, que ha de ser sangriento y cruel; puesto que no va mas que la felicidad de nuestra patria.»

III.

Al dia siguiente 22 de agosto de 1485 se dió la batalla de Rosworth, entrando en la lid 12000 hombres á las órdenes de Ricardo y 6000 de las de Richemont.

Ricardo III para manifestar á sus soldados, que peleaban bajo las órdenes de su rey, y contra un traidor se puso la corona en lo mas recio del combate, y desafió á su contrario. Este era el momento que ansiaba lord Stanley, ofendido por Ricardo, y que se mostraba neutral. Se pasó á las filas de Richemont, y decidió la victoria en favor de este. Ricardo á quien su valor no abandonó se metió entre sus enemigos y recibió una muerte mas honrosa que merecia. Esta batalla dió fin á las desolaciones de las dos Rosas y á la raza de los Platagenet, ó principes de Yorck.

IV.

El duque de Richemont, coronado bajo el nombre de Enrrique VII, reunió por su matrimonio con la sobrina de Ricardo, los derechos de las dos casas de Lancastre y York; viniéndole el trono, no por su esposa como algunos quieren, sino por su madre Margarita de Somexset, como él mismo lo declaró.

Asi concluyeron las calamidades políticas de la Inglaterra en aquella época, para dar lugar á las religiosas, que empezaron en el reinado de Enrrique VIII segundo de la casa de Tudor, que fueron mas encarnizadas aunque las primeras. Hasta cierto punto dijo con motivo un escrito: «La historia de Inglaterra debe escribirla un verdugo.»

B. BLANCO.

CRONICA.

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO. El juéves último tuvo lugar la representacion del drama titulado: MACIAS, en el que el Señor Barroso desempeñó el papel del protagonista.

Endeble, muy endeble nos pareció la ejecucion por parte de todos los socios actores, pero no por eso aprobamos ciertos murmullos y risas que se oyeron durante la representacion del drama, precisamente en las situaciones mas criticas. Verdad es que el auditorio manifiesta asi su desagrado, pero este derecho se adquiere en la puerta de los teatros públicos al comprar el billete, pero no en un teatro particular donde solo debe aplaudirse, si gusta la funcion, y callar si desagrada.

Tambien creemos que desde el primer ensayo del Macias, podian haber conocido los encargados de la direccion de escena, que algunos de los papeles del drama eran superiores á las fuerzas de los individuos á quienes se les confiaban, y tal vez por compromisos se habran prestado á desempeñarlos, á pesar de conocer la dificultad insuperable con que tenian que luchar.

La decoracion de cárcel, nuevamente pintada, es de un efecto admirable.

MADRID.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.